

XAVI DAURA



QUEMAR DINERO



temas de hoy

XAVI DAURA
QUEMAR DINERO

© Xavier Daura, 2024
Corrección de estilo de cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© Editorial Planeta, S. A., 2024
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2024
ISBN: 978-84-19812-67-4
Depósito legal: B. 9.386-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



00 MARISOL

Existe una leyenda urbana que cuenta que la niña prodigio, cantante, actriz y superestrella Marisol no es en realidad Marisol.

Cuesta encontrar información sobre el tema, pero, resumiendo mucho, lo que se dice es que la niña que aparece en la primera película de Marisol, *Un rayo de luz*, no es ella. O, precisamente, sí es ella. A ver cómo lo explico...

Rodaron la película con aquella niña malagueña, Pepa Flores, de nombre artístico Marisol. Tenía once años y era todavía una desconocida. Una niña con mucho talento para cantar y bailar flamenco y a la que confiaron el papel protagonista.

La película se estrenó en 1960 y fue un éxito rotundo. Se habló incluso de «fenómeno social». Toda España se enamoró de aquella niña rubia, era un sentimiento unánime.

Así que los productores se frotaron las manos: habían dado con un filón. Era evidente que había que hacer más películas, toda una saga, y había que hacerlo rápido porque, ya se sabe, los niños crecen, cambian, mutan. En un tiempo récord se armó la que debió de ser la primera macrocampaña de marketing española: películas, discos, giras, programas de tele, álbumes de cromos y hasta una línea de muñecas con su nombre. El objetivo era convertirla en una estrella pop, un concepto todavía nuevo para la época.

El problema fue que la niña se rebeló.

Se cuenta que empezó a presentar trastornos mentales graves, actitudes erráticas... ¡A saber! Quizá fuera agotamiento, ansiedad, estrés... vértigo al ver lo que se le venía encima. O que, sencillamente, no le apeteciera todo ese lío. Puede que se topara demasiado pronto con el reverso oscuro del *show business*. Hoy en día, en los rodajes, hay equipos de psicólogos y pedagogos para los niños actores; pero, en esa época... Fuese lo que fuese, los productores sentían que habían encontrado una máquina de hacer dinero y se les había estropeado nada más empezar. ¡Imaginad la rabia que tiene que dar eso!

El público demandaba más Marisol, pero ella no estaba por la labor.

Así que hicieron lo que cualquier buen grupo de empresarios al servicio de un régimen fascista haría en una situación así: sustituirla por otra niña. ¿Para crear un nuevo personaje y empezar de cero? ¡No! Para literalmente sustituir a la original. A la persona. Es decir: seguir rodando con otra actriz físicamente igual y ha-

cer creer al público que ahí no había pasado nada. El Tren Marisol había arrancado y ya no se podía parar.

Llevaron a cabo una serie de *castings* para encontrar a la sustituta perfecta (la Marisol B), hasta que dieron con la mejor. Que, me imagino, es la Marisol que conocemos hoy en día.

Necesito subrayar el hecho de que esto es una leyenda urbana. No le demos más credibilidad de la que podría tener una fábula o un cuento..., pero démosle algo. Imaginemos... Entretengamos la idea, como dicen los norteamericanos.

Para que una jugada mediática de este nivel saliera bien, había que tener controlados absolutamente todos los cabos sueltos y dejarlos atados y bien atados. Nadie se podía ir de la lengua, así que lo mejor era no andarse por las ramas y encerrar a Marisol (la Marisol A) en un espacio que permitiese un control total sobre su persona. Es decir: un centro psiquiátrico.

Enjaularon a Marisol, la metieron en un agujero bien oscuro y profundo para que, por mucho que gritara, nadie la oyera. Y, bueno, si alguien la oía..., ¿qué credibilidad se le puede dar a una persona que grita «¡Soy Marisol!» desde la celda de un manicomio?

La década de los sesenta fue pasando y los éxitos de Marisol eran cada vez más sonados. La niña fue creciendo, viendo cómo la otra niña también crecía a través de la pantalla de la tele. Año tras año, Marisol estrenaba nuevos taquillazos, emitía nuevas actuaciones, viajaba a otros países... mientras Marisol lo veía todo desde su celda. Su cuerpo iba cambiando debido

a la angustia y los medicamentos, alejándose gradualmente de lo que en su día fue, la niña flamenca, y convirtiéndose en una versión grotesca de las fotografías que llenaban las revistas.

Como ocurre con cualquier leyenda urbana, claro está, el morbo de lo siniestro siempre supera las ganas de demostrar su veracidad. Repito que no tengo ni idea de cuánto hay de real en todo esto. Podríamos debatir, incluso, si, de ser esto cierto, la segunda Marisol ya es «más Marisol» que la original. Me refiero al hecho evidente de que ha trabajado mucho más como Marisol que la primera, que solo hizo una película.

Sea como sea, para arrancar esta historia quiero que imaginemos durante un momento que hoy en día existe una mujer en una habitación en un centro psiquiátrico franquista perdido en algún bosque de la España vaciada, atrapada en una camisa de fuerza, jurando por enésima vez entre lágrimas y mocos que ella es Marisol. Imaginemos que, de noche, a través de los árboles, los excursionistas todavía pueden oír esos gritos de desesperación por una vida no vivida.

¿No es escalofriante?

Yendo todavía más lejos: ¿no sería lógico pensar que aquella pobre niña, en algún momento, empezaría a sospechar que, en efecto, estaba loca, y que los recuerdos de aquel mítico rodaje no eran más que alucinaciones? ¿En qué momento se pierde la referencia de lo que realmente pasó y se confunde con los delirios de una cabeza enferma?

¡Imaginemos!

01 LA ENTREVISTA

—Los invitados para la semana que viene son... Lunes:
¡María Pombo!

Suena la última sesión de Bizarrap a todo volumen y los golpes que marcan el ritmo hacen que el suelo tiemble.

—El martes nos acompañará la actriz mejor pagada de todo Hollywood... ¡Jennifer Lawrence!

Suena un *dubstep* aceleradísimo y agresivo.

—El miércoles nos visita el gran... ¡Iker Casillas!

Suena un remix de David Guetta que junta electrónica machacona con coros celestiales.

—Y, por último, el jueves tendremos el honor de recibir a la presidenta de la Comunidad de Madrid: ¡Isabel Díaz Ayuso!

Suena *Wrecking Ball* de Miley Cyrus, el estribillo.

El público se deja las manos aplaudiendo, están entregadísimos. Miren hacia donde miren hay luces, colo-

res, caras de famosos y rincones que reconocen de haberlos visto mil veces desde sus hogares. Jóvenes, mayores, abuelas, *cuñaos*... felices porque están aquí, ahora, en el corazón del entretenimiento nacional.

—Y hoy ha venido a divertirse a *El Hormiguero* la reciente ganadora de un Óscar... ¡Maya Blanco!

En este momento, la música rompe mucho más fuerte y los focos se ponen a dar vueltas endiabladamente. Suena la cumbia *Mentirosa* de DJ Valdi. Lo hace con esa potencia que provoca que los *beats* conecten directamente con los anos de toda la gente que está sentada y los hagan vibrar al ritmo de la canción.

Maya atraviesa lo que parece una cortina de lavado de coches y entra en el plató. Los aplausos son casi agresivos, la gente grita. Más tarde ella lo describiría como «entrar en un H & M por el tobogán de un parque acuático».

Maya es directora de cine y, como acaba de decir Pablo Motos, ganadora de un Óscar. Ha sido por su aclamadísima primera película, *Canaán*, el drama sobre un campesino que en tiempos de Jesucristo decide transicionar de hombre a mujer. La trágica historia de cómo este campesino podría haberse convertido en el decimotercer apóstol, pero Jesús y los suyos le dieron la espalda al no entender su discurso sobre la identidad de género. Pensaban que estaba poseído por el demonio.

«Avanzade a su tiempo» era el eslogan de la peli.

Se las apañó para rodarla en el pueblo fantasma de Craco, en Italia, con un presupuesto bajísimo, y había terminado llevándose el Óscar a la Mejor Película Ex-

tranjera y a la Mejor Directora. Un éxito de crítica y consecuente éxito de taquilla. En ese momento la peli ya había recaudado cien veces más de lo que había costado. Eso había llamado la atención de varios estudios de cine y ahora la han puesto al mando de la siguiente superproducción hollywoodiense.

Licenciada en Bellas Artes por la Universidad de La Sorbona, Maya Blanco se abrió paso en el circuito de cine experimental de principios de los 2000, expuso en museos de arte contemporáneo de ciudades de los cinco continentes y ganó premios como forma de vida. En 2016 se doctoró con su tesis titulada *Exceso de ficción post-11s* y hasta la fecha ha publicado doce libros sobre teoría cinematográfica, videoarte y neoporno. Aprovechó el año de la pandemia para estudiar la Biblia mediante una gran variedad de sustancias alucinógenas, lo cual le llevó a escribir *Canaán* y rodarla cuando terminó el confinamiento. Esto ha supuesto que a sus treinta y ocho años ya haya ganado en Berlín, Cannes, Donostia, Toronto y, recientemente, los Óscar.

Y ahora está bailando electrocumbia con Pablo Motos.

—Bueno, y entonces, cuéntanos, ¿cómo es eso? El momento en el que anuncian: «La ganadora del Óscar es...» y luego dicen tu nombre.

—Pues espectacular.

Maya sabe que en realidad nunca dicen «la ganadora es...», ya que consideran que el concepto «ganador» implica competitividad, conlleva perdedores. Y la Academia, si algo no quiere, es generar un ambiente tóxico. Dicen: «Y el Óscar es para...».

Pero eso no es lo que Maya le cuenta a Pablo, claro, porque este es el momento para conectar con la audiencia y transmitirles la fantasía de lo que es ganar un Óscar. Ganarlo, aquí sí.

Maya cuenta una anécdota bonita con detalles divertidos sobre ella teniendo que decir su nombre en la entrada del teatro porque el encargado de seguridad no la conocía y había un fallo con su acreditación. Por poco no puede entrar en la gala... ¡estando ella nominada! Más tarde, ya terminada la gala, Maya era una *ganadora*, y el encargado de seguridad, avergonzado, le pidió si podían sacarse una foto juntos, en señal de paz.

—«Ya nunca volveré a olvidar su nombre», me dijo.
Sube la música, ahora es bachata.

El público se ríe, aplauden. Claro que sí, ¡que aprenda ese segurata listillo! Maya Blanco es una ganadora y una española reconocida internacionalmente, piensan, aunque más de la mitad de ellos no sabían quién era cuando Pablo la ha anunciado. Pero ahora es ella: Maya Blanco, su amiga.

Este es el objetivo de la entrevista: pasar de directora de prestigio a amiga del pueblo. Aumentar su rentabilidad en el mercado. La anécdota (completamente falsa; ningún nominado tiene ningún problema en absoluto para entrar en la gala) estaba diseñada para generar este efecto.

Maya ha pasado las últimas dos semanas siendo entrenada por la división de marketing de TimeStar Company en Madrid. Ha tenido que entrenar para esta entrevista.

—¡Qué pasada! —dice Pablo—. Oye, y me ha dicho un pajarito que ya tienes un nuevo proyecto, con TimeStar nada menos, ¿no es así?

—Así es, Pablo. Se han vuelto locos de remate y ahora confían en mí, una pobre chica de Canarias, para su siguiente superproducción. —Maya se dirige al público—. ¿No es increíble?

Aclaración: Maya nació en Tenerife, sí, pero su familia se mudó a Barcelona (de donde son en realidad) antes de que ella cumpliera medio año. Pero el equipo de relaciones públicas de TimeStar le ha recomendado agarrarse a este tipo de detalles para crear «una personalidad más auténtica», y Canarias gana a Barcelona como *originstory*. Canarias lo gana todo.

El público arranca un aplauso con silbidos incluidos. Suben el volumen y suena un estribillo de Justin Bieber. Todo va directo al ano.

—Empezamos a rodar dentro de dos semanas, aquí en Madrid.

—¡Caramba! Siendo una cosa de Hollywood, me imaginaba que sería en Los Ángeles o Nueva York, o algo así.

—Nooo... —Maya se ríe—. Hoy en día se rueda mucho en croma, y eso facilita rodar donde nos vaya mejor.

—¿Y se puede decir de qué va? —Pablo se le acerca, en plan confidencial—. Sé que hay mucho secretismo alrededor de esta producción... ¿Nos puedes decir algo? Una pincelada, un titular... aquí, en confianza...

—TimeStar me mandaría ejecutar si os contara algo —dice Maya con media sonrisa—. Así lo tengo firmado en mi contrato.

—¿Tan radical es ese contrato?

—Me secuestrarían, me pondrían una bolsa en la cabeza y me llevarían a un bosque para pegarme un tiro en la nuca. Así está escrito.

Suena un «¡chan-chan!» como de peli de terror y el público se parte de risa.

—Me enterrarían en una cuneta y a vosotros os dirían que he tenido un accidente, yo qué sé... ¡Controlan los medios!

El público aplaude entusiasmado.

TimeStar sabe que, cada vez que uno de sus artistas bromea con lo siniestro de su condición de gran corporación, el público lo recibe como una gamberrada, incluso como información confidencial, y eso genera un morbo que no se puede conseguir con la publicidad convencional. Por eso le han escrito esta respuesta a Maya. Demuestra autoparodia, humor negro e ironía.

—Hacemos una parada para ver un par de anuncios y a la vuelta estamos con... ¡Trancas y Barrancas!

Aplausos.

TimeStar Company es el conglomerado de empresas de contenido lúdico más grande del mercado actual. Con sede en Burbank, California, son propietarios de cuatro estudios de cine, múltiples canales de TV y radio, cinco plataformas de entretenimiento y redes sociales y un parque temático en cada continente (con excepción de Estados Unidos, donde tiene tres).

Justo después de ganar el Óscar, Maya fue contactada por la multinacional con la oferta de dirigir su siguiente *blockbuster*. TimeStar había visto en ella el *match* perfecto: el algoritmo había contrastado el imaginario sociopolítico/cultural de la directora, su identidad como artista y «personaje pop», con los gustos y las preferencias de todos los usuarios de TimeStar. El resultado de estos cálculos indicaba que tenían hasta un año y medio (509 días exactamente) durante los que Maya Blanco sería una figura útil y relevante. Si en este tiempo conseguían producir y estrenar una película firmada por ella, esta sería un éxito total. La temática o la historia... realmente daban igual. El algoritmo les dio un 91 % de garantía.

Es uno de esos casos raros en los que pueden confiar una «carta blanca», libertad total creativa. Maya tiene permiso para inventar lo que le dé la gana. Pero para ello tiene que hacer cosas como ir a *El Hormiguero*. Hay que afianzar.

Los equipos de marketing y comunicación se han reunido para ver la entrevista desde una de las salas de reuniones en la sede de Madrid. Un equipo de seis personas sentadas alrededor de una gran mesa encabezada por una tele de plasma. Han pedido cena por Uber Eats.

—De momento, un éxito, ¿no?

—Desde luego.

—Ahora vienen las hormigas, a ver qué tal.

—Las hormigas siempre son complicadas. Parecen fáciles, pero son complicadas.

—Las hormigas son bastante tocapelotas.

—Crucemos los dedos.

En la pantalla, la publicidad de *El Hormiguero* está presentada como un evento en sí mismo: un grafismo animado con una pequeña fanfarria anuncia «¡TOP 1 ANUNCIO!» para dar paso al primer anuncio de la parada publicitaria. El siguiente anuncio es el TOP 2 y el siguiente, el TOP 3.

—¿Están anunciando los anuncios?

Anuncian los anuncios como si hubiesen ganado un premio, y la verdad es que ese detalle genera cierto enganche.

—¿Cómo no se le había ocurrido a nadie antes?

—Es brillante.

Nadie había preparado a Maya para lo fácil que es distraerse con la cara de Pablo Motos. «Parece un muñeco creado por Jim Henson, una criatura de *Laberinto o Cristal oscuro* —piensa Maya—. ¿Y por qué parece que esté todo el rato haciendo fuerza? Tiene las venas hinchadas, parece a punto de explotar. El maquillaje, ¿... color terracota?»

—¡Trancas y Barrancas!

Esto saca a Maya de su ensimismamiento. Aparecen las dos hormigas de peluche de unos huecos que hay en la mesa. Van disfrazados con túnicas marrones y unas largas barbas en la cara. Y los labios... ¿los llevan pintados de color carmín? ¿Les han puesto pestañas?

—¡Hola, Maya!

—¡Qué tal, Maya!

—¡Hola! —Ella los saluda sonriente.

—¿Se puede saber de qué vais disfrazados? —pregunta Pablo inquisidor.

—Somos los Jesucristos travestis —responde Trancas.

—¡Drag-Cristos! —sigue Barrancas—, porque a Maya le han dado un Óscar por contar la historia de un apóstol trans, así que nosotros nos sumamos a la moda.

El público se troncha.

En la sala de reuniones de TimeStar se estremecen.

—Esto es gravísimo.

—Es entretenimiento familiar.

—Tienen un talento excepcional para colar este tipo de goles.

—Deberíamos ver más a menudo *El Hormiguero*.

Maya, después de años de investigación sobre la cultura transgénero, después de todo el estudio y trabajo de campo en teología, les dice:

—¡Estáis fabulosas!

—Yo te bendigo en nombre del rímel, el *gloss* y el colorete santo —dice Trancas santiguándose. Le han puesto un lunar negro encima del labio.

Explosión de risas. Suena un coro de monjes muy solemne y las hormigas hacen una especie de reverencias.

—Estamos aquí —retoma Barrancas— para someter a Maya al test de... ¡*La divina y total libertad creativa!*

Suenan truenos, campanas de iglesia. Interviene Pablo:

—¿Es verdad eso de que te han dado libertad total para hacer tu siguiente proyecto?

—Así es, Pablo —responde Maya—. Tengo delante de mí un cheque en blanco.

—¿Y eso no te da un cierto respeto? El saber que todo se apoya en tus hombros...

Esta pregunta pilla a Maya un poco fuera de lugar, todavía procesando lo de las hormigas-Cristo-drag. Todavía procesando la cara de Pablo.

—Se ha hablado mucho del miedo a la hoja en blanco... —explica Trancas—, pero no del miedo al cheque en blanco.

—Este es un miedo del que tú siempre nos protegerás —añade Barrancas—. ¿No es así, Pablo?

Risas. El público siempre disfruta de las pullitas que las hormigas le sueltan a Pablo. Es una sensación hogareña.

—Yo siempre velo por vosotros —responde Pablo con mirada de pillo.

En la sala de reuniones, los observadores de Time-Star han aguantado un segundo la respiración. Han detectado el bache silencioso de Maya. Se miran entre ellos.

Maya responde:

—No hay miedo en absoluto, es el sueño de cualquier artista... tener libertad ilimitada. Y valoro muchísimo esta apuesta que un estudio tan grande como Time-Star hace conmigo.

—Claro, pero eso conlleva unos gastos, unas inversiones económicas muy potentes, muchos puestos de trabajo que dependen de ti... —De repente, parece que

Pablo está muy interesado en este tema—. ¿No te da eso que ahora se dice mucho de «el síndrome del impostor»?

En la sala de reuniones de repente hay barullo. ¿Ha identificado Pablo una brecha de debilidad en Maya y se está aprovechando de ella? Hacen barridos rápidos de Twitter en busca de reacciones.

—Bueno... —responde Maya—, ¿ganar el Óscar no es suficiente como para tener un poco de seguridad en mí misma?

No se percibe ninguna reacción por parte del público, silencio.

—Uf, no...

En la sala de reuniones algunos se echan las manos a la cabeza. La carta de la ganadora ahora no... La retrata como una engreída...

Se nota cómo Maya traga saliva durante un momento.

—¡A ver el día que ganas tú un Óscar, Pablo! —Barrancas rompe este momento frío.

La gente vuelve a reír, sube la música de verbena.

—¡Vamos con el test! —retoma Trancas—. Primera pregunta: estás a mitad de rodaje, todo el mundo está pendiente de ti, y ese día no se te ocurre ninguna idea... ¿Qué escoges? A: haces que una inteligencia artificial lo escriba por ti. B: te copias de un meme que acabas de ver haciendo como que se te ha ocurrido a ti. C: dices que es tu cumpleaños e invitas a todo el equipo a ganchitos para despistar.

Está claro que en la sala de reuniones se han puesto en guardia.

—Las hormigas son siempre la parte más delicada.

—Tienen una apariencia simpática, pero son unas hijas de puta.

—Es el viejo truco del ventrílocuo. Sacar los trapos sucios a través del muñeco.

—Son la voz del inconsciente colectivo.

—La gente siempre está de parte de las hormigas.

—Una vez conocí a un ventrílocuo al que le metieron su propio muñeco por el culo. Era una réplica de sí mismo en pequeño.

En la pantalla, Maya está visiblemente desubicada.

—Es que no entiendo por qué me tengo que quedar sin ideas... —Parece que está hablando en serio con Trancas, que la mira atento con sus ojos de plástico—. Son muchos años de trabajo... como para que ahora me vaya a quedar en blanco cuando más fácil lo tengo.

—Bueno, pero es natural... —entra Barrancas a defender a su compañero—. Los artistas se quedan en blanco, ¡hasta a los mayores genios les pasa!

—A veces ocurre justo eso —entra Pablo también—: que cuando se nos ocurren las mejores ideas es bajo presión. Y, por el contrario, cuando nos dejan campo libre, de repente, ¡chas! nos quedamos congelados.

—¿Me vais a explicar la teoría de la creatividad aquí, en *El Hormiguero*?

En la sala de reuniones han entrado en modo crisis oficial.

—¡No critiques el programa!

—¡Es la regla número uno!

—Mierda, mierda, mierda...

—Twitter está respondiendo negativamente...: «¿Y esta tipa quién es?».

—El *hashtag* #MayaBlancoEH es *trending*.

—«Quién es esta tía y por qué se queja de que le dan dinero.»

—«Vi su película y fueron las dos horas más aburridas de mi vida.»

—«Te invito a levantarte a las 5 am cada día para ir a trabajar a la panadería, a ver si eso te da ideas.»

Parece que Pablo Motos ha entrado en «modo *coach* emocional» y eso no ayuda.

—Muchos psicólogos dicen —explica conciliador— que cuando a uno se le cumplen todos sus deseos, cuando le dan vía libre con lo que llevaba años anhelando..., a menudo se queda bloqueado. ¡No digo que a ti te vaya a pasar, ojo! Pero que es normal...

Maya lo está mirando con cara de bloqueo.

Llegados a este punto, puede que sea útil compartir una información que solo saben los jefazos de TimeStar y la propia Maya: la película que van a rodar en menos de dos semanas todavía no tiene ni una sola línea de guion escrita. Maya se ha echado a la espalda una producción de cien millones de dólares, pero todavía no tiene nada escrito, ni siquiera una vaga idea. En TimeStar, claro está, se sienten cómodos con la situación, ya que no le han pedido nada. Ni un tratamiento, ni un plan de rodaje. Lo único que saben es que hay un hangar enorme preparado para lo que Maya quiera rodar, con guion o

sin él. Varias hectáreas de pantallas verdes y los mejores profesionales en cada campo contratados para seguir sus órdenes. Ninguno de ellos ha recibido más que la citación de inicio de rodaje, y ya está. Todo el mundo confía ciegamente en Maya.

Por eso es comprensible que ahora esté notando unas puntitas de ansiedad ante las hormigas de peluche disfrazadas de Jesucristo travestido interrogándola sobre el síndrome del impostor. ¿Cómo iba a prever esto el algoritmo?

—Imagina tener que ir a urgencias con una figura de ti mismo metida en el culo.

En la sala de reuniones se respira la impotencia. Maya sigue tensa en la pantalla.

—Como esta situación no se arregle rápido, vamos a ser nosotros los que estemos en urgencias con cien millones metidos por el culo.

—Ya no sé ni de qué estamos hablando.

Días antes, en la preparación de la entrevista, la jefa de relaciones públicas de TimeStar le había estado explicando a Maya algunos trucos.

—Estas entrevistas tienen mucha audiencia, pero más audiencia tienen los Instagram *reels* y los TikToks que salen de ella.

—Tradúceme, por favor. —Maya llevaba desde la pandemia sin utilizar redes sociales.

—Son los cachitos de vídeo que salen del programa y que luego se publican en redes, directamente al móvil de la gente. Son atemporales y se reproducen en bucle. Si consigues que te saquen uno que se hiciese viral, eso tendría mucho más peso que la entrevista misma. Eso es la máxima conexión que se puede hacer con el público.

—¿Y cómo se hace eso?

—Lo que funciona mejor son las protestas sociales, los discursos, los traumas...; y lo que más: las discapacidades.

—¿Cómo?

—Si dices que tienes alguna discapacidad, hablas de ella, te abres por completo, explicas cómo convives con ella... te conviertes en un referente. Das visibilidad a un problema. De repente tienes una historia de superación, y eso les chifla.

—Pero yo no tengo ninguna discapacidad... —Maya se concentra—. Que yo recuerde, vamos...

—¿Nada? —La publicista la mira como suplicando—. Algo de salud mental, que no se vea a simple vista...

—Mmmm... Soy bastante impuntual, creo...

—No es suficiente.

—No sé dibujar.

—No... Tiene que sonar grave, algo que te afecte en tu día a día. Algo que cambie la conversación por completo, tu historia de superación personal —resopla—. No digo que lo tengas que hacer, pero... ¿te sentirías cómoda «mintiendo» sobre alguna discapacidad?

Exagera mucho el gesto de las comillas.

En el plató, la primera pregunta del test sigue por responder y el ambiente está frío como el sudor en la frente de Maya. La mirada de las hormigas es penetrante y juiciosa.

—¿Entonces? —pregunta Trancas—. ¿Qué harías?

—¿Te has quedado en blanco... —dice Barrancas— en la pregunta sobre quedarte en blanco?

La gente se ríe.

Maya está tan tensa que siente que podría llorar.

—Hijo de puta —le dice a la hormiga.

De repente, hay un respingo generalizado. Los anos de todo el mundo se cierran. Pablo Motos parpadea varias veces.

En la sala de reuniones todo se congela.

—¿Acaba de llamar «hijo de puta» a Barrancas?

—Hijo... de... puta —repite Maya—. Pedazo de mierda repelente, listillo de los cojones...

La hormiga está boquiabierta, como siempre, pero ahora realmente parece sorprendida. Pablo Motos se incorpora, serio.

—Un momento, te tengo que frenar ahí, Maya —le dice alzándole la mano—. En este programa no aceptamos este tipo de lenguaje ni esta agresividad.

—Subnormal —dice Maya ahora a Pablo.

Los ojos de la gente del público están tan abiertos como los de las hormigas.

—A ver, por favor... —Pablo mira fuera de plano—. Semejante mala educación no la vamos a tolerar aquí...

—Imbécil, asqueroso, perdedor, ¡machista!

—Bueno, me sabe mal, pero por primera vez en dieciocho temporadas vamos a tener que pedirle a la invitada que abandone el plató... —Pablo se levanta y le hace señas a alguien fuera de cámara.

—Perdón. —Maya coge aire—. Perdón, de verdad. Me disculpo.

—Me sabe mal, Maya. Esto no lo podemos tolerar. Te tengo que pedir que te vayas.

—No, de verdad... —Maya respira hondo y le caen un par de lágrimas por la cara—. De verdad, lo siento. Es un problema que tengo. Una... una discapacidad.

Pablo Motos se queda callado de repente.

—Es una discapacidad, un problema de salud mental que padezco. —Maya se va recomponiendo, carraspea un poco—. Se llama «síndrome de Tourette extremadamente selectivo», es una enfermedad muy rara que me obliga a insultar de repente, sin motivo alguno. La mayor parte del día intento controlarlo, y por mucho que me cueste creo que lo consigo, pero en situaciones de estrés... ¡retrasado!... es más fuerte que yo.

—Vaya... —Pablo se vuelve a sentar—. Vaya, lo siento mucho, no tenía ni idea...

—¿Qué vas a saber tú, payaso de los cojones? —Maya se lleva el puño a su boca y aprieta—. Perdón... Perdón, perdón, de verdad...

Maya baja la cabeza y la esconde entre sus brazos, en la mesa. El público está atónito.

—No, tranquila... Por favor, no era nuestra intención generarte estrés... ¡Un aplauso para Maya Blanco, por favor, hagámosla sentir como en casa!

El público arranca un aplauso épico. Una señora se emociona y no aguanta las lágrimas. Maya levanta su cabeza de la mesa, su maquillaje está pastoso.

—¡IDIOTAS! ¡PALETOS! ¡GENOCIDAS!

El público la aplaude solemnemente.

—¡Retrasados! ¡Comemierdas!

Cuanto más insulta, más la aplauden. Pablo Motos vuelve a sonreír y la aplaude orgulloso. Las hormigas menean sus cabezas en señal de alegría.

En la sala de reuniones aplauden y gritan. Agentes de prensa y publicistas se abrazan emocionados.

—¿Está improvisando?

—Es una genia. Una todoterreno.

En la tele, Pablo Motos retoma la entrevista.

—No sabía que existía este tipo de Tourette —le dice—. Pensaba que era algo más espasmódico, muscular... más relacionado con los tics y no tan centrado en los insultos...

—Por eso lo llaman «extremadamente selectivo», tonto del culo. —Maya ya se va recomponiendo—. Es un Tourette sin tics, solo insultos con una dicción perfecta. Imbécil.

—¡No tenía ni idea!

—Claro que no, porque eres tonto.

—Entonces, ¿es más compatible con una vida normal?

—Es un infierno, Pablo, no tienes ni puta idea —aclara Maya, ya relajada—. Cada minuto del día tengo que concentrarme para no insultar a quienes me rodean.

—¿En tu discurso de los Óscar tuviste que contener-te también?

—Obviamente. Siempre que me veas hablando sin insultar, estoy haciendo un esfuerzo titánico. Gilipollas.

—Voy a pedir otro aplauso para nuestra invitada porque, sin duda, Maya, eres un referente, a muchos niveles...

El público arranca un aplauso firme, hay gente poniéndose de pie y todo.

—Tenemos *reel* viral, ¿no? —En la sala de reuniones todos tienen sus caras iluminadas por sus iPhones.

—El *trending* se ha disparado.

—En todas las redes están poniendo emojis de aplauso.

—Se están confeccionando buenos memes. Buena memética.

—«¿Es Maya Blanco la nueva Rosa Parks?» —dice uno de los asesores levantando su móvil.

—Llevo en marketing desde que empezó YouTube y nunca había visto nada parecido. ¿Ha vendido una moto que le permite ganar cariño a base de insultos?

—Pablo Motos está pidiendo aplausos para una mujer que le insulta.

—En el futuro lo enseñarán en las universidades.

En la pantalla, Maya se está quedando a gusto.

—Eres mediocre, aburrido, ridículo... ¡pederasta!

Pablo Motos también se levanta para aplaudirla. Están todos de pie, todos abrazándose. Maya vuelve a sonreír. Se abraza con él. Se aplastan los micrófonos con sus pechos, pero, aun así, se les puede oír.

—Te quiero, pedazo de subnormal.

—Te queremos, Maya. Eres una *crack*. —Pablo se recompone, se seca las lágrimas y la música tecno vuelve a sonar—. ¡Que entre Marron!

Los focos vuelven a dar vueltas como locos, suena Shakira, todo el mundo baila, Maya recibe a Marron con besos e insultos.

Lo siguiente son juegos de ciencia interesantísimos, líquidos de colores, humo con formas... y terminan saliendo al exterior para hacer explotar un coche.

¿El motivo? Porque pueden. Por el placer de destruir.

Trescientos kilos de amonal en un Seat Ibiza para celebrar que la entrevista ha sido un éxito. Una noche más en *El Hormiguero*.

Hacen una cuenta atrás y el estallido de la explosión deja a todo el mundo sin respiración durante un instante. Maya ha sentido la onda expansiva en su cara. El techo del coche vuela por los aires, los airbags han saltado y se han chamuscado al instante, el capó ha dado varias vueltas sobre sí mismo.

Ven la repetición a cámara hiperlenta y es precioso.

Los cristales partiéndose en millones de trocitos, como diamantes, volando hacia los lados, brillando, iluminados por el fuego. Las llamaradas, majestuosas, comiéndoselo todo a su paso. Suena un tema de Enya. El logo de Seat sale disparado hacia delante y vuela perpendicular al suelo, perfecto, hasta chocar contra el objetivo de la cámara, fundiendo la imagen a negro. Parece un anuncio.

Tanto Maya como Pablo y los trabajadores en la sala de reuniones de TimeStar respiran tranquilos sabiendo

que todo va a ir bien. La destrucción a cámara lenta les hace estar en paz consigo mismos. Esa visión les devuelve a la infancia.

Maya Blanco acaba de entrar en el *mainstream*.